Antonio Machado, el iris y el balcón

Daniel Izquierdo Clavero*

Resumen

En este artículo se pasa revista al pensamiento y a la creación literaria del poeta Antonio Machado (1875-1939) que se formó en el ambiente de la Institución Libre de Enseñanza a la sombra de Francisco Giner de los Ríos. Después de revisar diferentes periodos de su vida, con relación a los distintos lugares de residencia (Soria, Baeza, Segovia, Madrid), se fija la atención en el último tramo de su existencia que le llevó de Madrid a Valencia y, más tarde, a Barcelona. Desde la capital catalana, y junto a una serie de profesores fieles a la República (Joaquín Xirau, Tomás Navarro Tomás, Juan Roura-Parella, etc.), Machado partió camino del exilio la noche del lunes 23 de enero de 1939 para eternizarse pocas semanas después, el miércoles 22 de febrero, en Colliure. En este escrito a la vez personal y erudito, el autor liga su propia trayectoria intelectual y vital a la figura de Machado, a la vez que sospecha que algún día morirá susurrando los versos del poeta.

Palabras clave

Machado, literatura, filosofía, pedagogía, exilio.

Recepción original: 01 de febrero de 2019
Aceptación: 12 de marzo de 2019
Publicación: 23 de julio de 2019

Las siete cuerdas
de la lira del sol vibran en sueños.

Antonio Machado[1]

Primera profanación... Introito[2]

Yo no quiero aparecer aquí como un escrupuloso pedante[3]. Esta frase que hago mía desde el minuto cero, la introdujo Antonio Machado, qué azares tiene la literatura, en el último artículo que firmó en vida en *La Vanguardia*: su trinchera barcelonesa de papel.

(*) Licenciado en Psicopedagogía y diplomado en magisterio, actualmente elabora su tesis doctoral sobre el silencio y el logos poético de Antonio Machado. Miembro del grupo poético Nadir-Bcn, trabajaba como enseñante hasta que la enfermedad lo jubiló anticipadamente. Ha publicado diversos poemarios, entre los que detacan *El alféizar del tiempo* (2005, 2ª ed. 2007) y *Las cicatrices invisibles* (2016). Dirección electrónica: daniizclav@hotmail.com

(1) *Galerías* en *Nuevas canciones* en Machado, A. (2018) *Obra esencial*. Madrid, Biblioteca Fundación Castro, p. 212: el iris y el balcón...

(2) Este texto corresponde a la intervención del autor en el Seminario «Quan la pedagogia va marxar a l'exili: 80 anys després (1939-2019)», que tuvo lugar el 24 de enero de 2019 en la Facultad de Educación de la Universidad de Barcelona, bajo la organización del GREPPS (Grup de Recerca en Pensament Pedagògic i Social) en una acción que cuenta con el soporte de Recercaixa, un programa impulsado por la Obra Social "La Caixa".

(3) Cita del último artículo que publicó Antonio Machado en *La Vanguardia* el viernes 6 de enero de 1939, *Desde el mirador de la guerra*. Había iniciado su colaboración con el medio un sábado 17 de julio de 1937.

Temps d'Educació, 56, pp. 119-136 (2019) Universitat de Barcelona

10.1344/TE2019.56.7
Creative Commons 4.0 Reconeixement no comercial

Atrás quedaban, mutatis mutandis, otras veinticinco biopsias *neoperiodísticas* al tumor belicista nacional. Veinticinco autopsias poéticas al cadáver cainita del rencor y la hiel.

Cito la postrera, en la que Antonio zarandea la errática y a su juicio tibia actitud política de Chamberlain, no porque acuse al premier británico de bogar en aguas turbias, ocultar los motivos que impulsan sus acciones o no entender, oh cataclismo, el futuro de una Europa quebrada, parodia hitleriana del infierno de Dante.

Baudelaire nos libre de la seriedad; en su defecto, Molière.

Recurro a esa columna por razones poéticas. Las que sin duda nos reúnen hoy.

No sé si han tenido, habéis tenido, esa publicación en las manos; no sé si sus manos han imitado a Ícaro sosteniendo ese papel. La cosa es que un azar compositivo lleva ese día, al rotativo de los hermanos Carlos y Bartolomé Godó, una síntesis cartográfica, por lo demás casual, de lo que toda la poesía antoniomachadiana sin duda es: cotidianidad fermentada y realismo, Platón desnudado en el diván romántico del abismo adentrado en el eco miniaturista de un cítrico todavía nonato en la rama eterna del ayer. Sostengan esta intrusión y verán a qué me refiero: «Compraríamos frascos de perfumería fina, de una cabida entre 25 y 50 gramos. Dirigir sus ofertas con muestra, precio y partida disponible a Laboratorios Freixinet, Bruch, 118»[4].

Como una avutarda psíquica este lamparón publicitario decentemente enmarcado, campa a sus anchas entre el artículo de Machado y el de un tal Genil, *torrecilla muerta sobre los estanques*[5] a todas luces seudónimo de una sombra de antaño cuya filiación real nadie recuerda hoy.

Sí permanece en nuestros días la calle y el número ciento dieciocho, ya no la sede alquímica del perfumista Freixinet. En su lugar ha crecido un restaurante llamado Àpat con cierta buena pinta para llorar y comer.

No diremos nada sobre la *zombificación* espiritual que de un tiempo a esta parte yaga, a lo *guadiánico*, el cutis ciudadano de Barcelona: la lepra neoliberal que cierra librerías e inaugura Mc Donald's o amuebla con Alzheimer las aceras de lo cotidiano.

> *... en el silencio sigue*
> *la lira pitagórica vibrando,*
> *el iris en la luz,*
> *la luz que llena mi estereoscopio vano.*
>
> *Han cegado mis ojos las cenizas*
> *del fuego heraclitano.*
>
> *El mundo es, un momento*
> *transparente, vacío, ciego, álalo*[6].

(4) El texto original cambia el orden sintáctico del verbo tal que así: «Frascos de perfumería fina, de una cabida entre 25 y 50 gramos, compraríamos. Dirigir ofertas con muestra, precio y partida disponible, a Laboratorios Freixinet, Bruch, 118».

(5) *Balada de los tres ríos* en *Poemas del Cante Jondo* en García Lorca, F. (2000) *Poesías Completas*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 257: *Guadalquivir, alta torre / y viento en los naranjales / Darro y Genil, torrecillas / muertas sobre los estanques...*

(6) Machado, A. (1988) *Poesías Completas.* Ed. crítica de Orestes Macrí. Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado, pp. 612-614.

La punta del pie sobre la inmensidad del agua... Acercamiento

Ni uno solo de los ocho mil libros de mi biblioteca dejaría su estante para besarme en la mejilla en caso de necesidad. Por alguna razón incognoscible regalan saber, emoción, ideas, placer, displacer pero no consuelo. Ahora entiendo qué los lleva a actuar así. Son rapaces solitarias incapaces de batir la resistencia kantiana del aire si no tienen a mano el brazo del cetrero: los ojos apátridas del lector.

Cuando era profesor, en los tiempos de Stonehenge, repetía esa guasa a mis alumnos y ellos escuchaban con aire displicente la sandez de mi voz megalítica. Los libros ensanchan la vida pero no saben besar.

En esa insapiencia gesta el mundo todos los desencuentros entre la ficción y la mentira, la verosimilitud entre la vida real (la soñada) y vida vivida.

Ninguno de los ocho mil libros de mi biblioteca llamaría a emergencias si perdiese las llaves, la razón, las ganas de seguir, el conocimiento, pero están ahí y palpo su vaho mientras respiro o en su defecto, escribo o en su amplitud amo, deseo, leo.

Cuando me haya ido ellos seguirán *ahí*.

Eso es la eternidad, un vulgar adverbio.

La poesía de Antonio Machado niega la apocalipsis que acabo de narrar por la vía de contemporaneizar la silesiana[7] instantaneidad de lo eterno. Toda ella es, acépteseme la frivolidad, en sí misma un beso byroniano: por eso endulza las evocaciones *cuando la edad*[8] *enfría la sangre y los placeres son cosa del pasado*.

Vayamos más allá, esquivemos las arenas movedizas de los besos.

No, no voy a escorar al Dios laico Octavio Paz[9]. Ya sé *que el mundo nace cuando dos se besan*. Un mundo sin verbo, la sinestésica contracción de la noche y del día izada en dos labios: la placenta de la posibilidad. En sus antípodas, el poeta sevillano instala el suyo (su logos poético, me refiero) en la cavidad que la navaja surreal de la vida abre en su memoria cítrica, en su voz hecha cincel. Con fruición artística, la precisión bisturística del recuerdo saja sus palabras y en la alquitara de la prudencia filosófica, lírica, mundana destila versos de concisión exacta que a un tiempo sangran y a la par, cauterizan.

---

(7) Sileus, A. (2012) *Inquietud de la huella: las monedas místicas de Ángelus Silesius*. Madrid, Editorial Trotta, p. 9: *¿si eres en verdad / el instante eterno/ qué te impide / en el aquí y en el ahora / ser en mí / todo en todo?* —Poema 133—. En mi adjetivación, tildando la poesía de Machado de silesiana, aludo en la distancia al concepto de instantaneidad perpetua del místico alemán. Hay, entre ambos poetas separados por las fronteras y los siglos, una hermandad climática difícil de desarrollar, por lo escueto del espacio y la hondura reflexiva del concepto (demanda más tiempo fermentar la intuición) aquí.

(8) Lord Byron (2002) *Diarios*. Barcelona, Galaxia Gutenberg; Lord Byron (1999) *Débil es la carne: correspondencia veneciana (1816-1819)*. Barcelona, Tusquets, Cuadernos Marginales.

(9) *Piedra de Sol* en *Libertad bajo palabra* en Octavio Paz (2004) *Obra poética 1935-1998*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 233: *es la primera noche, el primer día / el mundo nace cuando dos se besan, / gota de luz de entrañas transparentes...*

Machado es un geólogo de lo humano; en sentido prosaico, un internista: el último *misterio de una voz amante*[10].

En permanente fusión con el paisaje, lo nimio, lo instantáneo, acaso lo instintivo; en diálogo constante con el tiempo errático, lo corporal, lo eterno, lo transitivo, Antonio unta su cálamo en la tramoya de lo cotidiano y a la manera de un indeleble apuntador teatral, vierte (sobre el lector) la trama *libre-institucionista* que lo educó de niño. Desde la sombra.

Fuera, la luna platea
cúpulas, torres y tejados;
dentro, mi sombra pasea
por los muros encalados.

Con esta luna parece
que hasta la sombra envejece.
Ahorremos la serenata
de una cenestesia ingrata,
y una vejez intranquila
y una luna de hojalata.

Cierra tu balcón, Lucila.
Se pinta panza y joroba
En la pared de mi alcoba.
Canta el bufón:
¡Qué bien van, en un rostro de cartón,
unas barbas de azafrán!

Lucila, cierra el balcón[11].

El balcón cerrado: la luna, la sombra y el bufón. Filología

Por influjo del rampante Cosimo[12] y antes aún del corrosivo Oscar Wilde, proveedor de buena parte de las *boutades* citables del mundo, he estado yéndome por las ramas temeroso de poner los pies en tierra filológica. A todas luces lo esperable para pensar, mentar, catar, una obra poética.

Emparedado entre Quintiliano[13] *(no es tan dañoso oír lo superficial como dejar de oír lo necesario)* el dandy irlandés[14] *(a mí dadme lo superfluo, que lo necesario todo el mundo puede tenerlo)* e Italo Calvino *(contaba historias que de verdaderas se*

(10) Por razones de rítmica interna he profanado el verso original. Lo cito íntegramente a continuación señalando con exactitud dónde se encuentra: *Los sueños dialogados, IV* en Machado, A. (2005) *Obras Completas Volumen I.* Edición Oreste Macrí. Barcelona, RBA-Instituto Cervantes, p. 663*: Hoy pienso: este que soy será quien sea;/no es ya mi grave enigma este semblante / que en el íntimo espejo se recrea. // sino el misterio de tu voz amante./Descúbreme tu rostro, que yo vea/ fijos en mí tus ojos de diamante.*

(11) *CLVII, La luna, la sombra y el bufón* en Machado, A. (2005) *Obras Completas. Volumen I.* Edición de Oreste Macrí. Barcelona, RBA-Instituto Cervantes, p. 615.

(12) Calvino, I. (1998) *El barón rampante.* Madrid, Siruela.

(13) Quintiliano (1942) *Instituciones oratorias.* Madrid, Biblioteca Clásica-Librería de la Viuda de Fernando y compañía.

(14) Wilde, O. (2016) *De profundis.* Madrid, Editorial Siruela.

volvían inventadas y de inventadas, verdaderas) confesaré lo que sin duda han intuido ya. Que no tengo nada que decir, nada que aportar. Nunca bajé del árbol protector de la infancia, jamás aprendí a leer con los pies en el suelo.

Quizá por eso amo desaforadamente la poesía de don Antonio Machado, por lo que tiene de antípoda, de antídoto contra la esclerosis pontificia del ego, de estetoscopio lexical del corazón. Hijo pedagógico de don Francisco Giner de los Ríos, en cuya placenta paidética ingresará siendo niño en 1883, todos los valores que aprendió en la Institución[15] (racionalismo, amor a la naturaleza, aprecio por el diálogo como medio de aprendizaje, interés por el folklore popular, gusto por el trabajo, propensión al laicismo) asomarán, por ósmosis, en el ancho pedernal de su poesía: *Ecce Homo* de su mente intelectual.

Soria (1907-1912), Baeza (1912-1919), Segovia (1919-1932), Madrid (1932-1936) son las cuatro extremidades territoriales y anímicas del poeta; Valencia, Barcelona, Colliure (1936-1939) la cabeza coronada de espino: la guerra, el exilio, la muerte: la tragedia.

Los confines de Bikanir[16]: esbozos de una bibliográfica

Soledades, Galerías y otros poemas ve la luz en Madrid en 1907. Ese año Antonio dejará atrás la crisálida y asomará al mundo transformado en profesor. Enmarcado en la fiebre modernista que en 1902 le había contagiado Rubén en su incursión parisina, estamos ante un libro que expande y poda su opera prima, *Soledades*, balaustrada poética rendido a las agujas de la imprenta en 1903.

Sangrado en la predilección por la asonancia y la métrica menor (aquella cuyos versos no rebasan las ocho sílabas en castellano) todos sus poemas trazarán los temas claramente machadianos. A saber: la infancia, el recuerdo, el tiempo, los sueños y la muerte. Su logos lírico, quemará las muletas brechtianas y también las alas del mago Baudelaire. Impregnado de serena nostalgia, cantará al tiempo fugitivo, se ahogará en la tuberculosis mortuoria de Leonor Izquierdo, su esposa, creerá morir.

> *Al borde del sendero un día nos sentamos.*
> *Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita*
> *son las desesperantes posturas que tomamos*
> *para aguardar.... Mas Ella, no faltará a la cita*[17].

Solo en la transcendencia contemplativa mediata hallará consuelo

(15) Con la palabra «Institución» nos referimos, no es preciso decirlo, a la Institución Libre de Enseñanza. Para ampliar sobre este punto, puede verse: Izquierdo Clavero, D., «Vidas y silencios en Francisco Giner de los Ríos y Antonio Machado. La filia poética de la pedagogía», en Vilafranca, I. y Vilanou, C. (eds.) (2018) *Giner i la Institución Libre de Enseñanza des de Catalunya. Cent anys després de la mort de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915)*. Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, pp. 31-55.

(16) Como todo el mundo sabe, el libro de arena que el vendedor de Biblias le cambia a Borges en su cuento homónimo por su paga jubilatoria recién cobrada y un ejemplar en letra gótica de la Biblia de Wiclif, procede de ese lugar indio del estado de Rayastán: Bikaner, Bikanir. Ver. *El libro de arena* en Borges, J. L. (2013) *Cuentos Completos*. Barcelona, Editorial Lumen, p. 507.

(17) Machado, A. (2018) *Obra esencial*. Madrid, Fundación Biblioteca Castro, p. 42.

En nuestras almas todo
por misteriosa mano se gobierna.
Incomprensibles, mudas,
nada sabemos de las almas nuestras.
Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan
lo que el silbar del viento cuando sopla,
o el sonar de las aguas cuando ruedan[18].

en el solaz de una alegría periclitada en el hangar del presente.

Yo conocí siendo niño
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.
En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.
¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera[19].

El azogue que yo ponía: Campos de Castilla

Ya noto, al paso que me torno viejo,
que en el inmenso espejo,
donde orgulloso me miraba un día,
era el azogue lo que yo ponía...[20]

Corre el año 1912. Nuestro poeta llega a Baeza, huyendo del Espino[21] soriano, para cicatrizar esa tumba abierta en su alma en el arrullo de su tierra natal. Reencuentra en la patria chica mimbres de un provincianismo pavoroso que llenan sus horas, no diré su mirada, de un notorio sopor. Empieza a redactar un cuaderno de apuntes, *Los complementarios,* a modo de salvación. Tendrá que morir Antonio para que lleguen al lector. Hasta la edición bonaerense de Guillermo de Torre (1957) abonarán, invirtiendo la imagen, la sangre zambraniana[22] de la luz.

Yo no sé qué reverbero vieron los 2.000 náufragos que cayeron al Atlántico la noche del 14 al 15 de abril de 1912. Sí sé que esa extraña madrugada la paciencia helada del mar convirtió en leyenda, pavesa y humo la imponente *megafilia* que gestó al Titanic.

Antonio Machado, mucho más discreto que el ingeniero naval Thomas Andrews, padre intelectual de la finada nave, viene trabajando desde los tiempos numantinos (1908) en una obra *Tierras de España* que envía al editor Gregorio Martínez Sierra

(18) Ibídem, p. 79.
(19) Ibídem, p. 81.
(20) Ibídem, p. 173.
(21) Me refiero, claro, al Cementerio soriano de El Espino donde fue enterrada Leonor Izquierdo Cuevas (la esposa de Antonio Machado) el 1 de agosto de 1912.
(22) Guiño forzoso al alma concomitante de María Zambrano. Para ella la palabra era la luz de la sangre. Aceptando su premisa, la obra machadiana no publicada daba sangre a la luz. Callar es llenar de sangre la luz. Escribir, llenar de luz la sangre.

(responsable de la editorial sevillana Renacimiento) dos años más tarde. Incluye ese trabajo un largo poema romanceado (712 versos) «La tierra de Alvargonzález». Con buen criterio Goyo la rechaza por parecerle poco atada, breve, un geiser de aire. Antonio la agiganta hasta alumbrar su transatlántico, *Campos de Castilla* y mostrar que lo poético es un iceberg de vida fermentada y en su defecto el cosmos (el post-moderno) un buque desollado en la paciencia del arte.

Veamos por dentro cómo es la floración más castellana del faro errante. Contiene 54 unidades poemáticas: el romance aludido, 29 pequeños poemas (Proverbios y Cantares[23]), cuatro poemas sueltos (Humorada, Mi bufón, Profesión de fe, Consejos), elogios a Unamuno, Juan Ramón, Julio Romero de Torres y prorrogando todo, nueve poemas iniciales.

Recibe por su publicación 300 pesetas, muy lejos de las 800 que rezaba la letra de los acuerdos contractuales. Poco o nada le importa. Sí le reconforta el éxito inusitado que el poemario tiene en las calles. Hasta el propio Unamuno se rinde a sus pies en una reseña histórica publicada el martes 25 de junio, en el diario *La Nación* de Buenos Aires. Tres meses apenas lleva en la calle el libro y el halcón bilbaíno, el eterno rector salmantino, le brinda pleitesía notable.

No es para menos, estamos ante una genuflexión lírico-introspectiva memorable. Porque es cierto, no es preciso negarlo, que no tiene (en rigor y apariencia) unidad formal, también carece de ella la eternidad y nos deshace.

Ángel González, parada y fonda de la bibliografía antoniomachadiana, incinera ese cliché y adentra la anarquía que tizna los juicios filológicos en una sublime ensoñación simbolista. No es *Campos* (aclara el vate asturiano) una obra deslavazada sí *una contemplación de la realidad hecha* —cito— *con doble talante; por una parte, es la suya* (la de don Antonio) *una mirada distanciada y severa. La de un moralista que juzga lo que observa... ; por otro la voz del poeta misterioso y silencioso que conoció, años atrás, Rubén Darío, el poeta evasivo y eminentemente lírico, indiferente a todo lo que no fuesen sus sueños*[24].

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante no hay camino,
se hace camino al andar[25].

Vaya si lo hay. El que separa el crimen cometido en Carrascosa de Abajo —Soria— aquel cainita 20 de agosto de 1908 (jueves) del subsiguiente juicio (saldado con la ejecución a garrote vil de un inocente) celebrado en la Audiencia Provincial capitalina el lunes 15 de marzo de 1909; el que dista estas palabras *Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla* —las iniciales del libro— de las últimas, una oda en verso menor consagrada al patriarca de Moguer:

calló la voz y el violín
apagó su melodía.
Quedó la melancolía
vagando por el jardín.
Solo la fuente se oía[26].

(23) En la edición de las poesías completas del año 1917, Antonio Machado añade a esos 29 otros 24.
(24) González, A. (1999) *Antonio Machado.* Madrid, Alfaguara, p. 64.
(25) Ibídem, p. 169.
(26) Ibídem, p. 195.

Nada hay más atroz que el silencio transformado en sudario que amamanta a los gritos, ese que, a menudo, los políticos desatienden. Ignoro si los popes políticos del *procés*, los litorales y los mesetarios, han bañado sus iris en el balcón abierto de campos de Castilla. Bien harían algunos, acépteseme la provocación profanativa, en grabar estas estrofas del *Mañana efímero*[27] donde quieran que sus actos instalen (otra vez los besos) los labios ideológicos que orientan sus días.

El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero,
a la moda de Francia realista,
un poco al uso de París pagano,
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.

Esa España inferior que ora y bosteza
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luengo parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;
florecerán las barbas apostólicas
y otras calvas en otras calaveras
bailarán honorables y católicas.

Para empezar de nuevo —Ilustración y diálogo mediante— enterrando la caspa, la pachanga, la pandereta... Para traer al ahora el entusiasmo del niño que aprendió en Machado la pequeña y sagrada libación del instante.

Era un niño que soñaba[28]
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vio.

Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar:
y por la crin lo cogía...
¡Ahora no te escaparás!

Apenas lo hubo cogido,
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
¡El caballito voló!

Quedose el niño muy serio
pensando que no es verdad
un caballito soñado.
Y ya no volvió a soñar.

Pero el niño se hizo mozo
y el mozo tuvo un amor,
y a su amada le decía:
¿tú eres de verdad o no?

(27) Ibídem, pp. 162-163.
(28) Ibídem, p. 175.

Cuando el mozo se hizo viejo
pensaba: todo es soñar,
el caballito soñado
y el caballo de verdad.

Y cuando vino la muerte,
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿tú eres sueño?
¡Quién sabe si despertó!

La madre de la bella Proserpina[29]: nuevas canciones (1917-1930)

1919. El catedrático de enseñanzas medias Antonio Machado Ruiz quiere acercarse a Madrid y en su aspiración obtiene plaza en Segovia. Tiene las manos, la mente y la intuición curtidas en la condena de apretar crines oníricas y équidos de viento. Empieza, calado hasta el tuétano del prestigio noventayochista, a participar en las actividades de la entonces incipiente Universidad Popular. Forja en ese período buena parte de su aparato crítico literario, las vigas maestras de sus ensayos, el crisol teórico de su poesía. Y entre medias, *Nuevas Canciones,* su nueva incursión en el reino de Calíope y Polimnia[30].

Publicado por la editorial Mundo Latino en 1924, reeditado por Espasa Calpe en 1936, este nuevo libro recoge buena parte de la obra poética antoniomachadiana escrita entre la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas* (1919) y la enésima reedición de sus poesías completas (1899-1925) aventado en 1928, ampliado en 1930 y 1933.

Inserto en la corriente aforística de raigambre popular, esta aurora reciente trasciende lo folklórico para hilar la mielanina metafísica que su apócrifo Juan de Mairena elogiaba tanto: escribir es pensar.

Antesala de los poemas comprometidos que, en plena guerra civil, vierte Antonio Machado en su último periplo vital, estas nuevas canciones regresan al minimalismo usando para ello tres líneas bien marcadas dignas de idolatrar: la transitada senda de la poesía filosófica que ya había adoptado en *Proverbios y cantares*; la sentimental asomada (en *Campos de Castilla)* gracias a los flirteos con Pilar Valderrama, la etérea Guiomar y el cairel circunstancial de la ocurrencia: la poesía casual.

(29) P. 205. «La madre de la bella Proserpina/ trocó en moreno grano / para el sabroso pan de blanca harina…». Tomo este verso de *Nuevas canciones*, precisamente para glosar aquí su poemario homónimo. La razón hay que buscarla en el personaje mitológico que cita Machado en su verso —ver la cita—. Estamos, no está de más recordarlo, ante una joven sumamente encantadora. Hija de Ceres (diosa romana de la agricultura) y de Júpiter (el dios de dioses) se entromete entre la flecha de Cupido y Plutón. La joven, que al parecer estaba bañándose en un lago de Pergusa jugando con las ninfas, caerá presa del amor. Cuando surja Plutón del inframundo sobre cuatro caballos y vea a Proserpina… nacerá el amor. *Nuevas canciones*, el próximo poemario de Antonio Machado es fruto del acierto saetístico del Cupido literario: la inspiración.

(30) Como todo el mundo sabe Calíope y Polimnia son las musas de la poesía: la primera de la lírica; la segunda, de las elegías...

Sobre estos raíles irá don Antonio desgranando las composiciones de este poemario salpimentado de preocupación por el paso del tiempo, onirismo, tanteo religioso, interés paisajístico, personas sin historia, autobiografismo, curiosidad por una España neonata y enorme inquietud existencial. Así las cosas, las alusiones a su vida íntima, los contraluces epocales de su generación y los ecos de su teología, toman el púlpito sobrio, depurado, nítido de sus versos rehuyendo —pido perdón por los palabros— las deixis exofóricas (las que aluden a una existencia pronominal extralingüística) en pro de la anafórica: lo concreto.

LXIV

¿Conoces los invisibles,
hiladores de los sueños?
Son dos: la verde esperanza
y el torvo miedo[31].

LXXXVI

Tengo a mis amigos
en mi soledad:
cuando estoy con ellos
¡Qué lejos están![32].

CLXII

Cuando murió su amada
pensó en hacerse viejo
en la mansión cerrada,
solo, con su memoria y el espejo,
donde ella se miraba un claro día.
Como el oro en el arca del avaro,
pensó que guardaría
todo un ayer en el espejo claro.
Ya el tiempo para él no correría[33].

Caminando entre fusiles, por una calle larga[34]

No teman. No temáis. No llamaré a Machado, ingenuo. Saben, sabéis, que no lo fue. Pero Cronos avanza y también su coprofagia, esa patológica, tétrica afición por deglutir lo humano, cuestionar la duración y tiznar los partos de una rapsodia fúnebre.

1936 arranca de la encía literaria hispánica la muela más blanca, libre y espontánea del siglo XX, ese andaluz profesional (la maldad es borgesiana) llamado Federico. Tiene el granadino 38 años cuando el odio homicida de Velasco Simarro y Valdés Guzmán acepta la denuncia de Ramón Ruiz Alonso que a las 4:45 del alba del martes 18 de agosto (en compañía del maestro Dióscoro Galindo y de los banderilleros Joaquín Arcollas, Francisco Galadí) lo llevará (entre Víznar y Alfacar) a la fosa.

Antonio, mordido por la vorágine fratricida apenas inaugurada (el sábado 18 de julio) un mes atrás, recibe la noticia como una auténtica devastación íntima (eran a su manera, amigos) intelectual y humana. Precisamente evocando la atrocidad,

(31) P. 232.
(32) P. 236.
(33) *Los ojos*, p. 239.
(34) Pág. 715.

emergen los pies en el fangal de la poética comprometida con la república, su ideal y la defensa de las gentes llanas.

Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos:
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada.

Y con la métrica. En esos años recupera el soneto como estrofa, el altavoz cancioneril y se descalza. Salir a pie desnudo a recorrer las mordazas represivas de los nuevos tiempos, llena de cristales la planta de sus textos y al tocarlos el lector presiente esas heridas y, salvo callar, no puede hacer nada:

De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú asomada, Guiomar, a un finisterre.

Miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa.

La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama.
Y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío[35].

Recordar días dorados en noches de dolor, es inmortalizar a Dante, darle la razón: *el alma fue creada pronta a amar / y persigue las cosas que le placen*[36].

A pesar de las tumbas, las balas, los lloros y las sangres, Antonio no rehúye esa persecución. Con 64 años ya cumplidos ha leído, releído, desleído a Lope muchas veces. Tantas como *ha dado su vida y su alma a un desengaño*. Así era Antonio*, quien lo probó lo sabe*[37].

(35) Pp. 719-720.

(36) Alighieri, D. (2018) *Comedia*. Edición de José María Micó. Barcelona, Editorial Acantilado, p. 430. —Canto XVIII—.

(37) Guiño al final del famoso soneto de Lope de Vega sobre el amor: *Desmayarse, atreverse, estar furioso / áspero, tierno, liberal, esquivo / alentado, mortal, difunto, vivo / leal, traidor, cobarde y animoso // no hallar fuera del bien centro y reposo / mostrarse alegre, triste, humilde, altivo / enojado, valiente, fugitivo / satisfecho, ofendido / receloso; // huir el rostro al claro desengaño / beber veneno por licor suave , /*

Teoría poética de Antonio Machado

La cobra real (*ophiophagus hannah)* es, como saben, una de las serpientes más mortíferas de la tierra. Su veneno neurotóxico, letal de necesidad, ataca al sistema nervioso central causando colapso cardiovascular, náuseas, visión borrosa, vértigo, parálisis, somnolencia. Según parece, el antídoto que salva al 50% de los mordidos, se extrae de los caballos. De su sudor. Heredera de la tradición romántica hispánica (Bécquer) y francesa (Hugo, Lamartine) la poética antoniomachadiana nace de la exudación cotidiana de la vida. Así las cosas, se afilia sin ostentación a la estética trascendental kantiana[38] asumiendo que la sensibilidad será, en esa silvicultura orbital, subsidiaria de su gesta. Antonio Machado intelectualiza las neurotoxinas que le inyecta la cobra real de la vida pero al sintetizarlas en su almario poiético destila, *ma non tropo*, una clara profilaxis escritural. A cuentagotas. Es verdad. No es dado a discursear sobre la poesía. Le basta con sudar.

Es su sudoración, espiritualista; claramente, esencialista y emocional. Prioriza la esquirla de la espuma en el ojo, descuida el mar. Quizá por eso (alejándose de Rubén) relaja la forma y rehúsa toda experimentación formal. Entre el autor y el eco, cree que las palabras esclerotizan los poemas, la cotidianidad.

Si el aburrimiento de las ostras producía perlas para Bergamín, para Antonio Machado crea aguijones verbales, cobijos predylanianos contra la tormenta. De ahí su apuesta por un vocabulario enraizado en lo popular exento de tropos y giros innecesarios destinados a obscurecer, en la estela d'Ors, la ya de por sí dudosa, claridad.

Sustenta su escritura, la miel de su legado escritural, en tres patas cabales de etiología ancestral: la voz, el grito y el verbo. Los peldaños que subía Herder para soñar un lenguaje a imagen y semejanza de la tonalidad musical. Toda su poesía es un viaje dervítico del silencio a la vida, la floración vinícola de esa viña trinitaria. Fertilizado por el grito, el parral del verbo culminará en voz: la uva del lirismo.

Esférica, constelada, en ese instante preciso descifrará a Descartes haciendo suyo el anhelo de su compendio musical: sintetizar en una nota el álgebra que cifra las diversas fracturas humanas del alma y destilar esa síntesis en música.

Música inaudible, así la vida mientras la vida dura.

---

olvidar el provecho, amar el daño / creer que un cielo en un infierno cabe / ***dar la vida y el alma a un desengaño / esto es amor, quien lo probó lo sabe.*** Ver. *Soneto 126* en Vega, L. (1999) *Lírica*. Edición de José Manuel Blecua. Madrid, Clásicos Castalia, p. 136.

(38) Kant, I. (2005) *Crítica de la razón pura.* Madrid, Alfaguara. «Por medio del sentido externo nos representamos objetos como exteriores a nosotros y como estando todos por el espacio, dentro del cual son determinadas o determinables su figura, su magnitud y sus redacciones mutuas. El sentido interno por medio del cual el psiquismo se intuye a sí mismo o su estado interno no suministra intuición alguna del alma misma como objeto» (p. 65).

Colliure

Todo queda atrás. Atrás la inexistente habitación del Majestic[39], atrás el número 21 del paseo barcelonés de San Gervasio: Torre Castanyer.

Atrás quedan las charlas con el filósofo Joaquim Xirau, el lingüista Navarro Tomás y el músico Martínez Torner[40].

Yertas contra el retrovisor duermen también las curvas, meandros roussonianos sobre el mar, del Maresme. Y la masía de Can Santamaría a medio quilómetro escaso del pueblo gerundense de Raset. Y la fratría con el pedagogo tortellanenco Roura-Parella, los doctores Emili Mira, Trías Pujol y José Miguel Sacristán.

Antonio Machado se eternizó un miércoles, 22 de febrero de 1939, a hora y media de la hora lorquiana de la sangre: las cinco de la tarde. Si hablar de la vida resulta, por fugitiva obsceno; hablar de la muerte, por insondable. Sí puede sondarse el agrio dilema que llevó al poeta (y 439.999 sombras más) al exilio. Ángel Petisme (Calatayud, 1966) colega coetáneo de don Antonio, tiene un poema inmenso que baja (sin pretenderlo) a su yugular[41].

Si alguien en África es asesinado
el año de luto termina con un ritual.
Junto al río se organiza una fiesta.
Al amanecer meten en una barca
al asesino, atado de pies y manos,
lo adentran y lanzan a la corriente.
Imposible nadar.
La familia del muerto decide
si quieren verlo ahogarse o se tiran al agua.
Se hará justicia si lo dejan morir
pero toda la vida habrán de guardar luto.
O aceptan que la vida no siempre es justa,
y alivian su dolor si lo salvan,
pues la venganza es un acto cobarde.

No está el Pandemónium para volver (siquiera espectralmente) a aquel rancio pasado y decidir si los demócratas castigan o absuelven a las ideologías. Contra el dintel de la cuneta callada, el odio subterráneo, la diáspora fría, quedará, eso nos salva, la propedéutica de la poesía.

Empecé esta arenga naif y descarriada, evocando las chanzas de un perfumista. Déjenme que la acabe con un poema mío escrito, lo recuerdo bien, una tarde de julio de 1990 durante un ingreso, siempre inoportuno, en un pequeño hospital provincial.

(39) Inexistente nunca mejor dicho. Para elaborar estas inocentes palabras me personé en el Hotel y tras hablar con la encargada de Relaciones con la prensa (aún no entiendo por qué me emplazaron a ella) me informaron de que el establecimiento había sufrido reformas y tras ellas desaparecido la habitación en la que se alojó el poeta…

(40) Joaquim Xirau, filósofo, decano a la sazón de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona; Tomás Navarro Tomás, lingüista; Eduardo Martínez Torner, músico.

(41) Petisme, A. (2017) *El faro de Dakar*. Sevilla, Editorial Renacimiento, p. 77.

Citarse es un delito que no debiera saldarse sin galera, latigazo o picota, máxime si uno sigue siendo (como yo, un niño) risible, pusilánime, banal. Carece, ya lo verán, de calidad alguna. Da igual. No lo traigo aquí por su funesta calidad. Sí por el aroma que mantiene: el insultante olor de la colonia a granel que me echó la enfermera aquel día de julio, hiriente y bautismal.

Con su espalda invernal,
con sus palabras,
Antonio Machado llega a Colliure
para añadirle dimensión al infinito.

Sus zapatos, llenos de República;
el campo castellano en la solapa,
derriten el andén en el exilio;
en contradanza,
el exilio enmienda la semántica azul
del mar y lo contrae.

Allende la frontera,
la costa mediterránea
es, como la Historia,
una burda metástasis del odio en libertad.

Un lector, en la sombra, observa
cómo avanza la ambulancia
y asiste a su desplome. Se aproxima.
Sigue sus andares en silencio.

En la neutra concavidad del tiempo,
reconoce las pupilas de Ana Ruiz
famélicas contra el álgebra del hambre,
los sollozos audibles de José y de Matea,
la palabra precisa de Joaquim Xirau.

También la última noche en Viladasens,
cerrada al cuerpo
como el gabán a Antonio
o Antonio a su gabán,
nadie.

Ha llegado a la playa.

Zurea la recóndita paloma de la noche.
Atardece en el amanecer.
Ya no importa el orden de los días.
Tampoco el de las cosas.

De pie, frente a la arena,
Antonio asiste al ritornelo del agua
como si el mar muriese en cada ola
y él, lo retornase.

En su mirada triste
reconoce la luz de finales de julio de 1909
y el beso de Leonor al salir de la iglesia
cogidos de la mano.

Tres campanas redoblan en la tarde
y cursa la mañana.
1912 hiede a verano
y ese verano es ya su cementerio,
la flor que Baudelaire arrastró a Baeza
para huir de París y de la muerte.

Magnánimo ante el mundo,
el lector expande sus brillos inocentes
como el Sol de los niños
esparce su amarillo
en la altura infinita de un dibujo escolar
pero es todo gris y España
muchas naciones híbridas
entre dos olas de sangre, dos olas;
una palabra escrita a la escollera
de un tiempo inexistente que se va.

El lector, a su lado,
empieza a comprender cómo habla la vida
y lo ve alejarse, manso, derrotado
por las callejas azules de finales de enero.

Y va tras él,
porque nadie lo espera.
Y se acuesta a su lado
en un camastro del Bougnol-Quintana.

Siente la espuela cainita del destierro.

A qué sabe la niebla
en la maleta acartonada del vértigo,
a qué huele el regreso
cuando no hay tal regreso
y todo ha terminado
en la mejilla leprosa del azar.

Tiembla el mundo en Collìure.
Ondean las blancas enaguas de la muerte.

Entre días azules y soles de infancia
el mar, entre dos olas,
reescribe los versos machadianos.

A su lado, el lector, se disuelve en el agua.

En la habitación 104 del hospital turolense,
una mano blanca le cambia el pañal.

Antonio le sonríe y su brillo, susurra:
tranquilo, la vida mata pero la muerte es temporal.

El obispo palentino Anselmo Polanco Fontecha —titular episcopal de la diócesis de Teruel— fue fusilado en Pont de Molins, Girona, el martes 7 de febrero de 1939.

Sesenta quilómetros, una cosmovisión y quince días, separaron al clérigo del poeta eternal. Parecerá extraño, pero el primero me llevó al segundo en aquella frágil adolescencia surreal.

Llevo desde entonces atado al poeta y ya sospecho que moriré algún día susurrando versos de Antonio Machado anclado a un gotero, una bata blanca y un negro pañal.

Rodeado de mis padres, hermana y sobrina, Catalunya y Aragón me cerrarán los ojos como José Antonio Labordeta clausuró los párpados de la soledad.

Sobre mi frente cadavérica, la parca empezará a cantar mi canción predilecta:

Si en algún camino encuentras
gente con la casa a cuestas
no les hables de su tierra
que te mirarán con rabia,
con rabia en la voz y el viento,
con rabia en las palabras,
con la rabia que produce,
abandonar lo que se ama[42].

Y empezaré a llorar. No necesito aclarar porqué. Ahora sí llega el final.

Profesor: ¿Recuerda usted, señor Rodríguez, lo que dijimos de las intuiciones y de los conceptos?

Alumno: Que son vacíos los conceptos sin intuiciones y ciegas las intuiciones sin los conceptos. Que no hay manera de llenar un concepto sin la intuición, ni de poner ojos a la intuición sin encajarla en un concepto....

Profesor: ¿Usted ve claro esto que dice?

Alumno: Con una claridad perfectamente tenebrosa[43].

Con una claridad perfectamente tenebrosa concluyo este sermón con olor a Lavanda hospitalaria, inocencia neurodegenerada y gusto renovado por la vida. Esa que no quisiera perder por llevar vuestra paciencia a cometer un acto criminal.

Mi querido Rabindranath Tagore aconsejaba mostrar afecto a la llama que nos regala luz, pero también al pie del candil que la sostiene. Todas y cada una de las personas que formáis este equipo entregado al pensamiento pedagógico, el estudio, la historia, todo aquello que la *neoacademia* pisotea y olvida, no solo encendéis la luz: la sostenéis día a día.

Gracias también por eso. Gracias por acordaros de don Antonio Machado, palabra en el tiempo, por escuchar amablemente mis lágrimas vivas.

Las llagas que, de amor, son invisibles,
quiero como visibles se presenten,
porque aquellos que humanamente
sienten se espanten de accidentes tan terribles.

Los casos de justicia más horribles,
en público han de ser, porque escarmienten
con ver su fealdad y se amedrenten,
hasta los corazones invencibles.

Juan Boscán, *Soneto XXX*.[44]

Gracias de corazón por visibilizar conmigo lo invisible.

(42) *Todos repiten lo mismo*, en Labordeta, J. A. (1974) *Cantar y callar*. Barcelona, Edigsa.
(43) *Juan de Mairena* en Machado, A. (2018) *Obra esencial*. Madrid, Fundación Biblioteca Castro, p. 580.
(44) VV. AA. (2010) *Los grandes líricos del Renacimiento Español: poesía completa de Juan Boscán, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Fernando Herrera*. Madrid, Cátedra Áurea, p. 167.

Referencias

Alighieri, D. (2018) *Comedia*. Edición de José María Micó. Barcelona, Editorial Acantilado.

Borges, J. L. (2013) *Cuentos Completos*. Barcelona, Editorial Lumen.

Calvino, I. (1998) *El barón rampante*. Madrid, Siruela.

García Lorca, F. (2000) *Poesías Completas*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

González, A. (1999) *Antonio Machado*. Madrid, Alfaguara.

Labordeta, J. A. (1974) *Cantar y callar*. Barcelona, Edigsa.

Lord Byron (1999) *Débil es la carne: correspondencia veneciana (1816-1819)*. Barcelona, Tusquets, Cuadernos Marginales.

Lord Byron (2002) *Diarios*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Machado, A. (1988) *Poesías Completas*. Ed. crítica de Orestes Macrí. Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado.

Machado, A. (2005) *Obras Completas Volumen I*. Edición Oreste Macrí. Barcelona, RBA-Instituto Cervantes.

Machado, A. (2018) *Obra esencial*. Madrid, Biblioteca Fundación Castro.

Paz, O. (2004) *Obra poética 1935-1998*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Petisme, A. (2017) *El faro de Dakar*. Sevilla, Editorial Renacimiento.

Quintiliano (1942) *Instituciones oratorias*. Madrid, Biblioteca Clásica-Librería de la Viuda de Fernando y compañía.

Sileus, A (2012) *Inquietud de la huella: las monedas místicas de Ángelus Silesius*. Madrid, Editorial Trotta.

Vega, L. (1999) *Lírica*. Edición de José Manuel Blecua. Madrid, Clásicos Castalia.

VV. AA. (2010) *Los grandes líricos del Renacimiento Español: poesía completa de Juan Boscán, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Fernando Herrera*. Madrid, Cátedra Áurea

Wilde, O. (2016) *De profundis*. Madrid, Editorial Siruela.

Antonio Machado, l'iris i el balcó

Resum: En aquest article es passa revista al pensament i a la creació literària del poeta Antonio Machado (1875-1939), qui es va formar en l'ambient de la Institució Lliure d'Ensenyament a l'ombra de Francisco Giner de los Ríos. Després de revisar diferents períodes de la seva vida, amb relació als diversos llocs de residència (Sòria, Baeza, Segòvia, Madrid), es fixa l'atenció en l'últim tram de la seva existència que el va portar de Madrid a València i, més tard, a Barcelona. Des de la capital catalana, i juntament amb una sèrie de professors fidels a la República (Joaquín Xirau, Tomás Navarro Tomás, Juan Roura-Parella, etc.), Machado va fer camí de l'exili la nit del dilluns 23 de gener de 1939 per eternitzar-se poques setmanes després, el dimecres 22 de febrer, a Colliure. En aquest escrit a la vegada personal i erudit, l'autor lliga la seva pròpia trajectòria intel·lectual i vital a la figura de Machado, alhora que sospita que algun dia morirà xiuxiuejant els versos del poeta.

Paraules clau: Machado, literatura, filosofia, pedagogia, exili.

Antonio Machado, l'iris et le balcon

Résumé: Cet article se penche sur la pensée et la création littéraire du poète Antonio Machado (1875-1939), formé dans l'ambiance de l'Institution libre d'enseignement (ILE) à l'ombre de Francisco Giner de los Ríos. Après avoir passé en revue différentes périodes de sa vie, en rapport avec ses différents lieux de résidence (Soria, Baeza, Ségovie et Madrid), l'auteur de l'article porte l'attention sur la dernière tranche de son existence qui l'a mené de Madrid à Valence et, plus tard, à Barcelone. Dans la capitale catalane, et en compagnie d'un groupe de professeurs fidèles à la République (Joaquín Xirau, Tomás Navarro Tomás, Juan Roura-Parella, etc.), Machado prend le chemin de l'exil dans la nuit du lundi 23 janvier 1939 et, quelques semaines plus tard, le mercredi 22 février, il s'éteint à Collioure. Dans cet écrit à la fois personnel et érudit, l'auteur établit un lien entre son propre parcours intellectuel et vital et la figure de Machado, tout en s'imaginant qu'un jour, il mourra en susurrant les vers du poète.

Mots clés: Machado, littérature, philosophie, pédagogie, exil.

Antonio Machado, the rainbow and the balcony

Abstract: This article reviews the thought and literary creation of the poet Antonio Machado (1875–1939), who was educated in the environment of the Institución Libre de Enseñanza (Free Institution of Education) under Francisco Giner de los Ríos. After reviewing various periods in his life associated with places where he lived (Soria, Baeza, Segovia and Madrid), the article focuses on the end of his life that took him from Madrid to Valencia and, later, to Barcelona. From the Catalan capital, with a group of teachers who were loyal to the Republic including Joaquín Xirau, Tomás Navarro Tomás and Juan Roura-Parella, Machado went into exile on the night of Monday 23 January 1939 and passed away a few weeks later, on Wednesday 22 February, in Colliure. In this article that is both personal and erudite, the author associates his own intellectual and life path with the figure of Machado, and suspects that one day he will die murmuring the poet's verses.

Keywords: Machado, literature, philosophy, pedagogy, exile.